

# El Adviento no es solo para la Navidad, es una forma de vida

Lucas 2:22-38

*Pastor Tim Melton*

El tiempo de Adviento de la Navidad tiene que ver con esperar. Son las cuatro semanas antes de Navidad. El origen del Adviento no está en la Biblia, sino en la historia de la iglesia, en el siglo IV. Es un tiempo para preparar nuestros corazones para la celebración de la venida de Jesús. De ahí proviene la palabra Adviento. En latín significa “venida o llegada”. El Adviento no es solo un tiempo de espera, sería mejor describirlo como un tiempo de “espera activa”.

Es un momento para alejarnos intencionadamente de las prisas, el ruido, el estrés de nuestras vidas, y esperar... una vez más, permitiéndole a Dios el tiempo y el espacio para volver nuestros corazones hacia Él. Un tiempo para volver a centrar nuestras vidas en el niño Jesús en el pesebre. Un tiempo para evaluar nuestras prioridades y el rumbo de nuestras vidas, y hacer los cambios necesarios para poder acercarnos una vez más a Dios.

Justo después del relato del nacimiento de Cristo en Lucas 2, leemos una pequeña historia de dos ancianos seguidores de Cristo que también habían estado esperando la llegada del Mesías durante años.

En Lucas 2:22-40, encontramos a esas dos personas que habían estado esperando la llegada del Mesías de los judíos. Sus nombres eran Simeón y Ana.

*<sup>22</sup> Así mismo, cuando se cumplió el tiempo en que, según la ley de Moisés, ellos debían purificarse, José y María llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor. <sup>23</sup> Así cumplieron con lo que en la ley del Señor está escrito: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor». <sup>24</sup> También ofrecieron un sacrificio conforme a lo que la ley del Señor dice: «un par de tórtolas o dos pichones de paloma». (Lucas 2:22-24)*

José y María, como judíos devotos, llevaron al niño Jesús, su primogénito, al templo de Jerusalén para presentarlo al Señor como estaba escrito en la ley. También fueron a ofrecer los sacrificios requeridos.

Lucas 2:25-32 dice:

***<sup>25</sup> Ahora bien, en Jerusalén había un hombre llamado Simeón, que era justo y devoto, y aguardaba con esperanza la redención de Israel. El Espíritu Santo estaba con él <sup>26</sup> y le había revelado que no moriría sin antes ver al Cristo del Señor. <sup>27</sup> Movidó por el Espíritu, fue al templo. Cuando al niño Jesús lo llevaron sus padres para cumplir con la costumbre establecida por la ley, <sup>28</sup> Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios:***

***<sup>29</sup> «Según tu palabra, Soberano Señor, ya puedes despedir a tu siervo en paz. <sup>30</sup> Porque han visto mis ojos tu salvación, <sup>31</sup> que has preparado a la vista de todos los pueblos: <sup>32</sup> luz que ilumina a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.»***

En ese momento de la historia, los romanos habían tomado el poder sobre los judíos. Muchos ahora anhelaban la llegada del Mesías que había sido prometido en las antiguas profecías, y tanto tiempo esperado.

El pastor John MacArthur cuenta que había muchos esperando la llegada del Mesías, pero la mayoría a su manera. Los fariseos se preparaban para la venida del Mesías a través del legalismo y la justicia propia. Los saduceos negaban lo sobrenatural y buscaban al Mesías de una manera muy práctica. Los zelotes pensaban en la insurrección y la rebelión violenta contra los romanos. Los esenios habían elegido prepararse para el Mesías saliendo al desierto y viviendo una vida de sacrificio, logrando de alguna manera la salvación de Dios. Otros judíos se habían olvidado por completo de la promesa de un futuro Mesías y estaban centrados en vivir el presente.

Simeón había elegido otro camino. Simeón había puesto su fe en Dios y en su Palabra, esperando al Mesías prometido y el cumplimiento de las antiguas profecías.

Simeón era justo. Eso significaba que, como Abraham, había creído en Yahvé y le había sido contado como justicia. Había sido perdonado y contado como inocente y libre de culpa ante Dios. El versículo luego describe a Simeón como devoto. Eso significa que estaba santificado. Su fe en Dios había traído la santidad a su vida. No era solo que se le consideraba justo ante los ojos de Dios, sino que ahora también vivía con rectitud.

Buscaba a Dios, confiando en que cumpliría Sus promesas en Su tiempo. Esperaba pacientemente el consuelo de Israel. Israel anhelaba ser liberado, consolado y estar libre de su dolor como pueblo. Pero Simeón confiaba y esperaba en Dios para lograr el cumplimiento de la profecía en Su tiempo y Su manera.

Todo esto ponía a Simeón en un sitio espiritual donde podía discernir el movimiento del Espíritu Santo en su vida y a su alrededor. Cuando José y María entraron al templo con el niño Jesús, el Espíritu Santo le reveló a Simeón que este niño era el Prometido.

Es asombroso que debido a la sensibilidad de Simeón al Espíritu fuera capaz de discernir que la salvación de Cristo era tanto para los gentiles como para los judíos.

***<sup>33</sup> El padre y la madre del niño se quedaron maravillados por lo que se decía de él. <sup>34</sup> Simeón les dio su bendición y le dijo a María, la madre de Jesús: «Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, <sup>35</sup> a fin de que se***

*manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma».* (Lucas 2:33-35)

Ana era parecida en muchos sentidos:

*<sup>36</sup> Había también una profetisa, Ana, hija de Penuel, de la tribu de Aser. Era muy anciana; casada de joven, había vivido con su esposo siete años, <sup>37</sup> y luego permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro. Nunca salía del templo, sino que día y noche adoraba a Dios con ayunos y oraciones. <sup>38</sup> Llegando en ese mismo momento, Ana dio gracias a Dios y comenzó a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.* (Lucas 2:36-38)

Hay tres hechos interesantes que debemos observar sobre Ana. El primero es que Ana era de la tribu de Aser. Aser era una de las tribus del norte de Israel que había sido conquistada y rechazada debido a su adoración pagana. Habían creado su propio lugar de culto en lugar de Jerusalén. Habían seguido a falsos dioses. A pesar de esto, de alguna manera a través de los años y las generaciones, Ana, una descendiente de la tribu de Aser, por la gracia de Dios, había encontrado su camino a Jerusalén, donde ahora era una verdadera adoradora de Yahvé, orando y ayunando diariamente en el monte del templo. Por la gracia de Dios, encontramos aquí su nombre verificando que Jesús era el Mesías tan esperado.

El texto nos dice que de joven Ana había estado casada durante 7 años, pero luego su esposo había muerto. Ahora tenía 84 años y había continuado su camino con fidelidad todos estos años. En medio de la pérdida, se negó a endurecer su corazón hacia Dios. En cambio, esperó, confiando en que Dios todavía era bueno y digno de confianza. Aferrarse a Dios era su forma de esperar al Mesías prometido.

Ese día se encontró con el niño Jesús, al igual que Simeón, y “de alguna manera supo” que Él era el Mesías prometido. En respuesta, dio gracias a Dios y empezó a hablar a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Por la gracia de Dios había encontrado el camino hacia Yahvé. Por la gracia de Dios, su pérdida la había llevado a perseverar en la fe. Por gracia, ahora se veía en la obligación de hablar de Él a todos los que aguardaban Su venida.

Ya hemos hablado de Simeón y Ana, pero ¿por qué se les llega a mencionar en la historia de la Navidad? Si hacemos memoria, Lucas había reunido minuciosamente todos los hechos *“para que llegues a tener plena seguridad de lo que te enseñaron”* (Lucas 1:4). Una de las formas de probar que las historias son ciertas es a través de testigos. Por eso, Lucas comparte esta historia poniendo a Simeón y a Ana, conocidos por su devoción, como testigos clave.

Sus vidas privadas coherentes y llenas de devoción les mantuvieron lo suficientemente cerca de Dios para ser empoderados para esperar en Dios durante muchos años. Esto les hizo sensibles a la obra de Dios a su alrededor. Nosotros también somos llamados a perseverar en nuestra espera.

El Adviento no se acaba en Navidad, comienza allí. La venida de Cristo como niño en un pesebre ha pasado, pero ahora miramos hacia adelante y debemos prepararnos para el segundo Adviento y venida de Cristo. Las Escrituras dicen que no sabemos el día ni la hora, pero debemos vivir esperando el regreso de Cristo.

Es similar a un compromiso judío en preparación para el matrimonio.

Los judíos tenían matrimonios concertados. Esto normalmente comenzaba con una conversación entre los padres. La primera parte de la ceremonia de matrimonio era el período de compromiso o alianza. Entonces el novio le entregaba a su futura esposa algo de valor, un anillo, dinero o un documento en el que constaban sus intenciones. Una vez hecho este compromiso, la novia permanecería en la casa de su padre preparándose para la boda. Durante este tiempo ella se mantendría pura. Haría su vestido de novia y se prepararía para dejar a su familia y confiar y compartir la vida con su nuevo esposo. Dejaría de lado para siempre sus intereses o posibles lealtades a todos los demás hombres, y pondría su corazón en amar a su futuro esposo. Durante este tiempo, se hace referencia a la novia como "consagrada", "santificada" o reservada.

El novio volvía a la casa de su padre para prepararle un lugar donde vivir. Normalmente, eso se hacía construyendo una habitación adicional a la casa de su padre. El novio volvería a buscar a su novia una vez terminados los preparativos y cuando su padre diera su aprobación. El regreso del novio sería inesperado. La novia nunca sabía cuándo regresaría. Podría ser el año que viene, el mes que viene o en los próximos cinco minutos. Su responsabilidad era simplemente estar lista en todo momento para su venida.

Escuchando esta descripción de una ceremonia de matrimonio judía, vemos su significado espiritual en múltiples lugares. El futuro novio invita a la joven a ser su amor eterno, como Cristo nos invita a ser suyos. El futuro novio da un "depósito" como prueba de su regreso, como Cristo nos da el Espíritu Santo como prueba del suyo. El novio va a preparar un lugar, así como Cristo ha regresado al cielo y nos prepara un lugar. Mientras el futuro novio no está, la novia crece en su lealtad a Él y se aparta de todas las demás lealtades a otros hombres. De la misma manera, un seguidor de Cristo debe apartar su corazón del pecado y de todos los demás ídolos, mientras espera el regreso de Cristo. Al final, el novio regresa por su novia, al igual que al final de los tiempos Cristo regresará por su iglesia.

Juan 14:1-3 comparte estas palabras de Jesús:

***"No os angustiéis. Confiad en Dios, confiad también en mí. En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas; si no fuera así, ya os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y, si me voy y os lo preparo, vendré para llevaros conmigo. Así estaréis donde yo esté."***

Así que, por ahora esperamos a Cristo, nuestro novio. Este es nuestro tiempo de compromiso y cortejo donde somos consagrados y apartados. Donde debemos someternos al Espíritu Santo y ser santificados. Donde buscamos conocer a Cristo lo mejor que podamos, esperando el día en que lo conoceremos plenamente como nosotros somos plenamente conocidos por Él. Esta vida es simplemente una preparación para la próxima. Cada necesidad y provisión, cada lucha y liberación, cada enfermedad y curación, cada mandamiento y obediencia, es un paso de fe que nos lleva a un mayor conocimiento de Cristo y nos prepara para su advenimiento final, cuando estaremos en su presencia para siempre.

A menudo leemos las obras milagrosas de Dios en las Escrituras y pensamos que hubiera sido mucho más fácil ser una persona de la Biblia que experimentó tantas obras de Dios en su vida. Pero cuando realmente miramos las Escrituras, vemos que hubo más días normales de espera que días de milagros. Por ejemplo, pensemos en la vida de Moisés:

Su historia está llena de eventos sobrenaturales. ¡Qué increíble! A veces deseáramos haber tenido una vida así, pero cuando nos detenemos un momento y hacemos los cálculos encontramos algo diferente. Moisés vivió durante 120 años. Diez versículos describen su nacimiento y adopción en la familia del Faraón, pero luego la Biblia permanece en silencio hasta que Moisés tiene alrededor de 40 años. Luego, Moisés huye para salvar su vida por matar a un egipcio. Leemos algunos versículos de su entrada a su vida como pastor en el desierto, y luego la Biblia permanece en silencio durante otros 30-40 años, hasta que Moisés ve la zarza ardiendo. Los últimos 40-50 años comienzan con las plagas y la liberación de los hijos de Israel de Egipto. Sobre esta parte de la vida de Moisés tenemos mucha más información, pero todavía solo tenemos los principales acontecimientos buenos y malos que Dios consideró oportuno incluir. Consideremos cuántas cosas de la vida de Moisés nunca se mencionaron. Cuántos años fueron simplemente una vida normal, andando todos los días por fe. Algunos días mejor que otros. Fue más como una maratón. Paso a paso. El Adviento, la espera de Dios, fue para él una forma de vida. Ahí fue donde se ganó la victoria, donde se preparó la Tierra Prometida. No solo en los grandes momentos de fe, sino en el andar diario con fidelidad. Sin focos, sin glamur, sin canciones escritas al respecto o películas. Solamente los días normales de la vida.

Debemos esperar las obras de Cristo en nuestra vida diaria, mientras vivimos de una manera que prepare su segunda venida.

Siguiendo los pasos de Simeón, no manipulemos nuestra situación ni forcemos los resultados deseados. Acerquémonos a Dios y esperemos pacientemente lo que Él tiene reservado para nosotros. Sigamos también el ejemplo de Ana y no endurezcamos nuestro corazón contra Dios por el dolor pasado. En cambio, acerquémonos a Dios y experimentemos lo que nos ha prometido.

Que estos versículos finales nos traigan aliento mientras cada uno de nosotros busca esperar en Dios en nuestras vidas:

*“Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo espera el agricultor a que la tierra dé su precioso fruto y con qué paciencia aguarda las temporadas de lluvia. Así también vosotros, manteneos firmes y aguardad con paciencia la venida del Señor, que ya se acerca.” (Santiago 5:7-8)*

*“Hermanos, tomad como ejemplo de sufrimiento y de paciencia a los profetas que hablaron en el nombre del Señor. En verdad, consideramos dichosos a los que perseveraron. Habéis oído hablar de la perseverancia de Job, y habéis visto lo que al final le dio el Señor. Es que el Señor es muy compasivo y misericordioso.” (Santiago 5:10-11)*

*“Así pues, los que sufrís según la voluntad de Dios, entregaos a vuestro fiel creador y seguid practicando el bien.” (1 Pedro 4:19)*

*“Puse en el Señor toda mi esperanza; él se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor. Me sacó de la fosa de la muerte, del lodo y del pantano; puso mis pies sobre una roca, y me plantó en terreno firme. Muchas son, Señor mi Dios, las maravillas que tú has hecho. No es posible enumerar tus bondades en favor nuestro. Si quisiera anunciarlas y proclamarlas, serían más de lo que puedo contar.” (Salmo 40:1-2,5)*

*“Pero los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas; volarán como las águilas: correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán.” (Isaías 40:31)*